

ZABALA DE LA SERNA
JOSÉ AYMÁ

YA NADIE DICE LA VERDAD

Diálogos íntimos del toreo

Con la colaboración y prólogo
de Antonio Lucas

el pasejillo

2022

© de los textos: Vicente Zabala de la Serna, 2022
© de las fotos: José Aymá, 2022
© del prólogo: Antonio Lucas, 2022
© de esta edición: Editorial El paseillo S. L., 2022
www.elpaseillo.com

1ª edición: diciembre de 2022

Diseño, maquetación y cubiertas: Elisa Romero Moreno
Corrección: Nieves Porras
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-126357-2-0
Depósito legal: CO 1961-2022
Código THEMA: DNB; NH

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Índice

PRÓLOGO

La liturgia de escuchar	9
-------------------------	---

ENTREVISTAS

Curro Romero, 5 de octubre de 2020 (con Antonio Lucas)	13
Rafael de Paula, 21 de septiembre de 2021 (con Antonio Lucas)	23
Manuel Benítez <i>el Cordobés</i> , 6 de octubre de 2012	33
Paco Camino, 14 de mayo de 2019	39
Santiago Martín <i>el Viti</i> , 30 de mayo de 2019	47
Ángel Teruel, 7 de diciembre de 201	55
Los Lozano, 18 de enero de 2020	63
Curro, Pepe Luis y Juan Ortega, 21 de diciembre de 2021	71
Muñoz, Espartaco y Ojeda, 16 de febrero de 2019	79
César Rincón, 12 de octubre de 2022	91
Enrique Ponce, 14 de agosto de 2019	95
Morante de la Puebla, 1 de febrero de 2020	103
Julián López <i>el Juli</i> , 10 de febrero de 2018	113
José María Manzanares, 12 de mayo de 2021	123
Talavante, 5 de mayo de 2022	129
Roca Rey, 5 de julio de 2022	135
Ferrera, 20 de febrero de 2022	141
Paco Ureña, 11 de marzo de 2021	147

Diego Urdiales, 14 de mayo de 2019	153
Juan Ortega, 16 de septiembre de 2021	161
Pablo Aguado, 19 de abril de 2021	169
Tomás Rufo, 6 de mayo de 2022	177
Florito, 22 de noviembre de 2020	183

Prólogo

La liturgia de escuchar

Conviene decirlo cuanto antes: Zabala de la Serna es el más preciso, sagaz y escritor de los cronistas taurinos de las últimas décadas. En esta afirmación no cabe riesgo: es así. Algunas de sus piezas están reunidas en un volumen bien rematado, *Crónicas volcánicas*, con ilustraciones de Robert Ryan (unomá-suno editores). En ellas despliega algo más que pasión: la erupción de una escritura fuerte, medida, creíble. Una prosa que dice cosas y a veces termina con un aire de poema y en verdad está contando lo preciso y lo inestable de la liturgia de los toros, del enigma de la tauromaquia, de la verdad, de la sangre, de la muerte, y del júbilo, y del alboroto. Zabala de la Serna entiende lo que ve y sospecha lo que la inspiración de algunos toreros sale diciendo. Observarlo en la plaza, armar una crónica es un espectáculo. Lleva un ojo en el microscopio y otro en el telescopio. Sabe que la vida es lo que es: mitad miseria, mitad maravilla. Y sucede de ese mismo modo en una plaza, donde es posible entender mejor algunas cosas del mundo. Aunque no lo parezca, en una tarde de toros se congregan muchos indicios de lo que es vivir.

Las crónicas de Zabala de la Serna son un mapamundi y una música. Un saber. Una celebración. Una melancolía.

Pero hay más. Está el periodista rondando siempre. El tipo de escucha atenta. El que entrevista entre la suavidad y la precisión, entrando más adentro en la espesura, embarcando sin desalentarse ante la menor inconveniencia. Le he visto hacer preguntas a Curro Romero y a Rafael de Paula. Ahormar con el cuaderno de notas la timidez de uno y bajar la mano ante la cabeza borrascosa del otro sin perder la figura. En Zabala de la Serna no hay indicio de presunción. Desconozco si sabe qué es faro de costa del cronismo taurino, pero sé de su generosidad y de su catálogo de afectos. También de la honestidad que lo impulsa a contar solo lo que ve y de lo que sabe. Por eso sigue mirando con los ojos hechos fuente cuando en la plaza o alrededores sucede algo que confirma esa disciplina de quietud y silencio donde ocurren tantas cosas que importan.

Cuando encuentro en el periódico (papel o pantalla) algo firmado por Zabala de la Serna no puedo resistirme. Leo. Una fulminante maestría sale de

algunos fragmentos de su obra periodística. O de las piezas enteras. Estas entrevistas recobradas son una concentración espiritual que solo es posible entender en su ancha dimensión con las imágenes del fotógrafo José Aymá, uno de los mejores retratistas de su generación y de dos o tres generaciones por delante y por detrás. Las estampas de Aymá son esa otra manera de callar con la que saben prender diálogos íntimos unos cuantos fotógrafos. Por eso el trabajo de Zabala y Aymá es lo que es, el mapa de una autenticidad: toreros hablando de lo suyo más allá de las palabras, de los zumbidos de la voz. Y de ahí salen a la superficie unas realidades alteradas espléndidas. Una conjunción de mirada, conocimiento, experiencia y la simple belleza de las cosas de otros. La impresión que causan estas conversaciones es poderosa. Verlas desplegadas es un documental en el tiempo. Están más allá de la falsa quietud de la entrevista hecha. Al asomarse ahora a ellas permanece intacto el dinamismo de los periodistas de fuerza tangible. Nacen de la oportunidad, de lo concreto, y se van ensanchando o abriendo hacia lo hondo. Unas llegan a lo blando del hueso. Otras son el resultado de una tertulia organizada por Zabala de la Serna para apuntalar un momento del toreo. Ahí está el encuentro entre Curro Romero, Pepe Luis Vázquez y Juan Ortega. O el de Emilio Muñoz, Espartaco y Paco Ojeda. Las ricas texturas de la conversación son el enigma que logra volcar en los folios Zabala de la Ser-

na. Y hay momentos en que la charla se pone íntima como una pequeña plaza y, como decía Nietzsche, los obstáculos en el camino se convierten en el camino. Este repertorio de entrevistas también tiene algo de cámara secreta en la pirámide. Quiero decir: de revelación y descubrimiento, pues cuando un hombre observa su vida amplía la nostalgia de sí mismo.

Recuerdo muy bien las sensaciones que me dejaron cada uno de estos trabajos. El texto y las imágenes. Aparecieron en el diario *El Mundo* y en un primer acercamiento se ciñen al canon de la entrevista, pero al rato empiezas a comprender que transgreden los límites y avanzan hacia el lugar de lo imprevisto, de lo más extraño. En esa celebración de la extrañeza está el toreo. Zabala y Aymá conocen el camino. Zabala y Aymá extraen lo necesario de quien se sienta delante con un *fracking* delicado que se ajusta muy bien a la atmósfera confesional necesaria para que una conversación carbure.

Puede decirse que el periodista y el fotógrafo saben dar forma de palabra (de retrato) a esa pintura abstracta que es un humano hablando de su corazón o sus asuntos; de lo que le sucede, o que cree que le sucede; de lo que sabe o cree que sabe. A veces Zabala de la Serna hace el recorrido al revés: se detiene, deja hablar, responde a las preguntas del entrevistado y así va encontrando los ángulos muertos que cualquiera deja asomar cuando pregunta a otro. Entonces empieza él a ejercer el puro acto de la atención y la

conversación emerge sola. Al leerlas, una tras otra, encuentras a un escritor, a un periodista liberado de sí mismo, y la página del periódico se transforma en una salita abarrotada donde uno lleva sentado un tiempo imprevisto en una esquina.

Adoraba el toreo y ahora leo con apetito sobre el asunto. Me gusta leer a quienes explican lo que significa un arte donde se concreta la verdad inaudita que asoma entre dos muertes posibles. Pero el profundo conocimiento de Zabala de la Serna trasciende la tauromaquia y ese buen fondo se nota. Dispensa una curiosidad sin límites. Algunas veces, en el periódico, Zabala pregunta a un compañero o compañera sobre cualquier tema y con los restos del naufragio de las respuestas arma una conclusión que siempre es destello sagaz, de comprensión, de amistad. Un tipo que nunca juzga es un caso raro.

En los viajes que hemos compartido para entrevistar al alimón a algunos incalculables del toreo (exactamente a dos) lo maravilloso fue la aventura. En Camas (Sevilla) nos desmantaron el coche –o eso diagnosticamos nosotros con alegría– y fueron necesarias dos grúas para moverlo. En el trance, nos sentamos a esperar el auxilio de José Aymá, hermano común e infinito que había salido de Madrid en su Volvo

espléndido un par de horas más tarde, y lo hicimos sentados en una terraza, bajo la noche terca, animados por una abundante reyerta con palos y navajas. En el centro exacto de aquel jolgorio de gritos, amenazas y flecos de ajuste de cuentas, Zabala de la Serna partía con exquisita templanza un tomate rosa y lo aliñaba, demorándose con el aceite, en silencio rubio, sin atender a la batalla campal que nos rodeaba. Cuando llegó la policía, Zabala de la Serna tan solo hizo un gesto mínimo para arrastrar dulcemente la silla hacia la mesa y que los agentes pudiesen pasar, sobrados de urgencia, al lugar de la jauría.

También frente a Rafael de Paula, en Jerez de la Frontera, soportó dos o tres arreones serios del maestro y mientras se hacía el torniquete tuvo la incalculable generosidad de sacarme a mí de dos cornadas inminentes y letales con un quite verbal hecho de gracia y riesgo. Quizá por esa extraordinaria actitud, difícilmente repetible, Zabala de la Serna [Zabalón] escribe a su manera. Quizá por sabiduría y templanza, José Aymá mira el mundo y lo eleva. Más que distintos son diferentes en la misma música. La prueba se aloja en estas páginas donde la pura felicidad de ver y leer lo que han visto y escuchado se convoca.

Antonio Lucas
Madrid, septiembre de 2022



Curro Romero 5 de octubre de 2020

(con Antonio Lucas)

Octubre de 2000: Curro Romero decía adiós a los ruedos en silencio. «¿De quién me iba a despedir?». 20 años exactos después, Curro, el último mito de Sevilla, el último guardián de las esencias, el torero que convocó una religión sin pretenderlo y sentó jurisprudencia, habla en su refugio. Sorprende la nitidez de ideas y una cierta bonhomía de hombre en retirada, que no desatento. Ha dejado que el pelo crezca como es: color nieve. Un halo casi de santidad envuelve su sonrisa. Hasta hace poco le llamaban familiares de enfermos terminales que no querían dejar este mundo sin conocerlo. Y el Faraón acudía, humilde y compasivo. Por una de las ventanas grandes de su casa de Camas la ciudad se concreta como un escenario. A lo lejos asoma el sitio de su gloria, la Maestranza de sus verónicas.

Resopla antes de empezar.

¿Se cansa?

Ufff. Los nervios. Cada día que paso veo más difícil el toreo y hablar de toros. Cuando dejas de tener esa ilusión tan grande como la que yo tenía, pues

te vienes un poco abajo.

¿Anda caído de ilusión?

Ilusión tengo por vivir, pero ando como acobardado.

Este año superó un cáncer...

Sí. Y me encuentro muy bien. Me dijo la médica que era muy valiente.

¿Lo es?

Lo dice la médica... Yo lo que hacía era torear muy despacio. Qué difícil torear tan despacio, ¿verdad? Cuando cierro los ojos me acuerdo de esos momentos.

¿Cómo recuerda los comienzos, aquellos días en que se escondía de sus padres en una panadería de Camas para ir en secreto a torear?

Recuerdo lo bien que olía la panadería. Quise ser torero por escapar de las fatigas, por salir del fango, por ayudar a mis padres que trabajaban mucho y no llegaban a fin de mes. Tuve una suerte inmensa. Quise ser torero y fui torero. Descubrí que a mi sensibilidad le iba muy bien el toreo. Por mi forma de entender la vida, que también tiene que ver con la lentitud, con la falta de prisas... Muchas veces me paro a pensar en lo difícil que es torear despacio. Estar tan vertical, gallardo pe-

ro no agarrotado, tener el cuerpo suelto. Irse de la cara del toro sin exagerar. Delante de un toro bravo no sabes lo que va a ocurrir porque te sube el instinto de conservación, te puedes *desmanejar*, descomponer. Pero cuando imponía la armonía, muy de cuando en cuando, salía todo bordado... Es más bonito que sucedan las cosas así, no tan seguido. Había corridas a contraestilo en las que no cabía mi toreo. Yo era incapaz de hacer cosas que no sentía. Tengo la alegría de no haberme traicionado nunca a mí mismo. Ni por las broncas terribles que aguantaba.

«Los públicos me tienen que agradecer que nunca les hice pasar miedo», dijo.

Prefería emocionarlos. Que viniera un aficionado después de 10 o 12 años y que me enseñase el brazo con los vellos de punta era señal de que mi obra seguía viva.

¿Su origen humilde le marcó?

Fue esencial para mí. Tengo un recuerdo de mis padres grandioso. Jamás les vimos discutir, ni en casa entró nunca la envidia. Mi padre y mi madre eran demasiado. Qué grandeza más grande.

¿Cómo es ahora un día suyo?

Paso mucho tiempo solo y me gusta esa soledad, no me peleo nunca con ella [ríe]. Durante mucho tiempo estuve falto de silencios, así que aprovecho ahora. Para que la mente esté abierta necesito del silencio. Y acariciar la mente como se acaricia toreado. Es la manera de tener ideas buenas. Una mente retorcida acumula podre-



